

Don Juan Ruiz de Alarcón: un novohispano en Madrid

Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza (1580-1639) nació en México, pero residió en Madrid la mayor parte de su vida, y aquí realizó su creación dramática.

Si con Alonso de Ercilla entró Chile en el mundo literario universal y con Garcilaso de la Vega, el Inca, Perú, con don Juan Ruiz de Alarcón lo hizo México, si bien muy parcamente, pues sólo lo recuerda en *El semejante a sí mismo*, en este romance en a - a:

México la celebrada
cabeça del Indio mundo,
que se nombra Nueva España.
Tiene su asiento en un valle,
toda de montes cercada,
que a tan insigne ciudad
sirven de altivas murallas.
Todas las fuentes y ríos,
que de aquestos montes manan,
mueren en una laguna,
que la ciudad cerca y baña.
Creció este pequeño mar
el año, que se contaban
mil y seiscientos y cinco,
hasta entrarse por las casas.
O fuesse que el natural
desaguadero, que traga
las corrientes, que recibe
esta laguna, se harta:
O fuese que fueron tales
las crecientes de las aguas,
que para poder bebellas
no era capaz su garganta.

En aquel siglo dorado,
dorado, pues gobernaba
el gran Marqués de Salinas,
de Velasco heroica rama,
símbolo de la prudencia,
puesto que por tener tanta,
después de tres Virreinos
vino a presidir a España.
Trató este nuevo Licurgo,
gran padre de aquella patria,
de dar passo a estas crecientes
que ruina amenazaban.
Y después de mil consultas
de gente docta y anciana,
Cosmógrafos, y Alarifes,
de mil medidas y traças,
resuelve el sabio Virrey,
que por la parte más baxa
se dé en un monte una misma
de tres leguas de distancia.
Son que por el centro dél
hasta la otra parte vayan
las aguas de la laguna
a dar a un río arrogancia.
Todo es uno, el resolver,
y empear la heroica hazaña,
mil y quinientos peones
continuamente trabajan.
En poco más de tres años
concluyeron la jornada
de las tres leguas de mina,
que la laguna desagua.
Después, porque la corriente
humedeciendo cavaba
el monte, que el acueducto
cegar al fin amenaza.
De cantería inmortal
de parte a parte se labra,
que da eterna paz al Reino,
y a su autor eterna fama.
Tan insigne maravilla
muy justamente se alaba
por la primera del mundo.

Es bellamente descriptivo, pero es la única muestra que nos dejó de su obra con relación a su naturaleza o nación.

Alarcón fue famoso en el Madrid de Lope, Calderón y Tirso, no sólo por su

teatro, sino también por su presencia física, de la que él mismo se burlaba llamándose don Floripondio Talludo, Príncipe de la Chunga con «perra suerte»; pero es que sus coetáneos fueron, en este aspecto, crueles, ya que se le llamaba don Juan Ruiz Corcova: en la noticia de su muerte acaecida el 6 de agosto de 1639, se dice: «famoso por sus comedias como por sus corcovas». Mientras unos dicen que la D de don es su medio retrato porque es de saber que tenía una corcova delantera... y posterior, otros, como el concejal Juan Fernández, le endilgan un epigrama como este:

Tanto de corcova atrás
y adelante. Alarcón, tienes,
que saber es por demás
de dónde te corco-vienes
a adónde te corco-vas.

Su mediana estatura y su ruin figura —es pequeño— «si creciera dos dedos podría llegar a rana»; era de pálido color, flaco y con mal aliento, le llamaron de todo. He aquí un rápido resumen:

Don Juan de Argujío nos lo presenta así en un cuentecillo de la época:

Hay en Madrid un hombrecillo muy pequeño, velloso y con espesas barbicás, con dos corcovas iguales, llamado Juan de Alarcón, agudo y de buenos dichos. Dijo Luis Vélez que parecía colchado con melones, y que, cuando le veía de lejos, no sabía si iba o venía. El corcovado se vengó de sobra con que, diciendo de Luis Vélez de una comedia suya, que a quien no le contentase le besase en el rabo, le dijo:

—Pues v. m. comience a desatacarse (desabrocharse), porque hay muchos que besen. (Núm. 234, p. 110. Ed. Chenot y Chevalier, Sevilla, 1979).

Quizá el más famoso ataque sea la irónica letrilla quevedesca «¿Quién es el poeta juanetes?», que tiene por estilo *Corcovilla*. Pero creo que es de notar que estas burlas no son hirientes a pesar de lo numerosas. Don Alfonso Reyes las resume así:

Góngora le habla de «la que, adelante y atrás / genuina concha te viste». Don Antonio de Mendoza le llama «zambo de los poetas» y «sátiro de las musas». Montalván lo describe como «un hombre que de embrión / parece que no ha salido»... Tirso, «don Cohombro de Alarcón / un poeta entre dos platos». Salas Barbadillo le dice «que él tiene para rodar / una bola de cada lado»... En unas seguidillas de la época, con quevedesca complicación, se le llama «profecía de Jerónimo Bosque», y se le hace decir:

A ningún corcovado
daré ventaja,
que una traigo en el pecho
y otra en la espalda
.....
Encontróme un amigo,
dijo: «no veo
si de espaldas viene
o si de pechos».

En lo que coincide en cierta medida, con el epigrama de Juan

Fernández; también era frecuente llamarle o compararlo con su grotesca figura con una mona, como recuerdan estos versos de Anastasio Pantaleón de Ribera:
 Dígalo mi mexicano,
 que aunque sin cola ni maza,
 es el monazo inventor
 del primer «cócale, Marta».

Pero todas las bromas y burlas no afectaban a su carácter: era buscavidas e inquieto:

«¿Quién enseña a los cohetes
 a buscar ruido en la villa? ... Corcovilla.
 ¿Quién, siendo cabeza de ajos
 tiene bullicio de ardilla? ... Corcovilla.»

Era valiente, pues se decía: «Alarcón, que de un león no se espanta»; veraz, honrado, agradecido, experimentado, melancólico, pero sobre todo *cortés* y, aunque pobre, enamorado, decían de él que era «mosca y zalamero» y que andaba «engañando bobas»; el hecho real y concreto es que tuvo una hija: Lorenza de Alarcón, casada con Fernando Xirón y residente en Barchín del Hoyo.

Nunca se defendió de sus maldicientes, excepto del «tratante de decir mal», Cristóbal Suárez de Figueroa. Quizá porque estaba orgulloso de su estirpe y se sabe poseedor de sangre generosa y altiva, exalta la nobleza y el saber; utiliza el Don —tan satirizado— y elogia a las familias nobles: *Luna* sin eclipse, *Mendoza* sin martes, los Guzmán, Manrique, Lara, Alarcón y Girón proliferan en sus obras como dos nombres propios: Juan —en ocho obras— y Ana —en seis obras—, sin duda recuerdo de su familia.

En cuerpo tan demedrado habita un alma extremada, se enorgullece de sus amistades porque es virtud divina, y era sobrio, reservado, comedido, pudoroso y estoico. Como originario del mundo indiano, se le puede aplicar esta estrofa de Lope:

«Los hombres, Inés, quisiera
 a la traza de este indiano:
 blandura, palabras tiernas,
 aquel semblante agradable
 y aquella humildad compuesta»

(*Sembrar en buena tierra*, acto I).

Nadie pudo decir nada de su probidad, y como relator interino o en propiedad cumplió a la perfección y con honestidad, hasta tal extremo que casi dejó de escribir para el teatro.

Porque don Juan Ruiz de Alarcón —y no hay por qué regatearle su nobleza— fue un dramaturgo aficionado y no, como Lope, un profesional, se ayudó del teatro para vivir, pero llevó a cabo una obra de las más perfectas de nuestro teatro,

quizá porque él mismo corrigió y editó su obra. Es Alarcón un clásico de la lengua hispana entre los románticos que pululaban y exaltaban el teatro nacional.

Tiene veinte o veintidós obras (1.^a parte publicada en 1628, con ocho obras; 2.^a parte, de 1634, con doce obras; además se cree que son suyas *Quien mal anda mal acaba* y *No hay mal que por bien no venga o Domingo de don Blas*. Todas ellas son correctas —quizá por esa lima final para su publicación—, claras, sencillas y puras. Hay un extraordinario realismo en la *trama* y los *caracteres*, es didáctico y práctico en su código de virtudes. Dio una excelente y sencilla ética, pedagógica y moral, pura, elemental y sencilla que le hicieron ser admirado y saqueado por el teatro francés.

Para unos críticos es un poeta heroico y grandioso, otros exaltan su gracia ligera, su imaginación encantadora y sonriente; por el contrario, otros —no me puedo imaginar por qué— le ven falto de imaginación, con un complejo de inferioridad y un orangutanesco afán moralizante.

Se ha pretendido hacer de él un representante —el primero y más significativo— del indianismo y de la mexicanidad. Se ve en la poesía de México la tristeza, la sentimentalidad y una cierta suavidad aterciopelada. Se le ha considerado como la encarnación —psicológica— de la vida nacional de México. Pero no existía en aquella época una educación, un carácter, una lengua, una cultura o una psicología nacionales características de México.

Grandes investigadores, críticos y humanistas desde 1913 se han mostrado categóricos en su mexicanidad (Henríquez Ureña), para más tarde mostrarse cautelosos en sus afirmaciones; otros (Alfonso Reyes) se muestran inversamente: primero cautelosos y finalmente afirman categóricamente su mexicanidad. Otros, finalmente (Casalduero), consideran impertinente el problema: «Sólo incluido dentro de la comedia española del Barroco se comprende el teatro de Alarcón». Y el inteligente y sabio Antonio Alatorre —que hizo hace treinta años balance de este problema— concluye: «La tesis de la mexicanidad de Alarcón no debía haberse planteado nunca».

En corroboración de esta postura voy —como madrileñista a fijarme en aquel aspirante a Relator (1626-1636) que vivía en el Barrio de los artistas, en la calle de las Urosas —hoy Vélez de Guevara—, casi enfrente de la Iglesia de San Sebastián, que alberga a la Virgen de la Novena, patrona de los cómicos. Las iglesias de la Merced, de la Trinidad, de la Magdalena, de San Agustín, los teatros del Príncipe y de la Cruz, el mentidero de los comediantes en la plaza de Santa Ana, el Pretil de los Consejos, la Cárcel, informaron al tráfago vital de don Juan Ruiz de Alarcón y le hicieron tan madrileño, tan hispano como los otros vecinos del barrio: Lope, Cervantes, Quevedo, en las calles de Cantarranas, Majadericos, Francos o del Niño.

Para que no se piense en sólo su presencia en Madrid, veamos cuatro aspectos: los aforismos, un cuento, la comedia *Ganar amigos* y lo madrileño. ¿Encontramos diferencias?

AFORISMOS

Leyendo *El Bernardo* de Balbuena, posiblemente gestado en Nueva España, me llamó la atención la existencia de cierto procedimiento estilístico que Van Horne llama *epigramas*, pero yo prefiero llamar *aforismos*. Son frases breves y lapidarias sobre diversos temas; he aquí algunos repertoriados por el crítico norteamericano:

- «Que entre las rosas brotan los amores» (C.c. XIII, 3).
- «Es el amor omnipotente y santo» (C. XXIII).
- «Que el miedo hace jueces extremados» (C. XII, 8).

Algunos son refranes descoyuntados:

- «Que no hay mal pan cuando la hambre es buena» (C. V, 161).

Es de saber que estos aforismos son como los proverbios, formas pariguales, pero cultas, del refrán, que también utiliza Ruíz de Alarcón: yo tengo anotados treinta y cinco, porque es más cauto, señorial y antipopular o, mejor, antivulgar; recuérdese su concepto del vulgo teatral en la dedicatoria de sus obras: «Contigo hablo, bestia fiera...».

Pero el que los aforismos aparezcan en *El Bernardo* y sean frecuentísimos en Ruíz de Alarcón —rasgo fundamental de su terencianismo— no significa que sean un rasgo mexicano. Yo los encuentro en Bartolomé Torres Naharro en la primera mitad del siglo XVI:

- «Son malas de engañar
la mujer y la rabosa».
- «Casamientos por amores
son flores que lleva el viento».
- «Una espada y una pica
valen mucho en tierra ajena».

Parece, pues, que son procedimientos estilísticos que beneficia el teatro, porque en Lope de Vega son cientos los que aparecen. Elijo el tomo XII de la Nueva Edición Académica y entresaco una treintena, para seleccionar solamente algunos:

- «Que no puedo persuadirme
que mujer guarde secreto» (p. 364 b).

Nos recuerda la afirmación al Catón que se ha folklorizado.

- «Los mil escudos harán
hablar tudesco a los mudos» (463 a).
- «Que de la mano del cielo
viene la buena mujer» (586 a).
- «Es más fuerte y sabio el oro
que las letras y las armas» (527 a).

«Que al rico todos acuden
como al pobre desamparan» (202 a).

Pues bien, don Juan Ruiz de Alarcón los usa con abundancia, con la misma característica de iniciar muchos de ellos con un *que* ilativo:

«el que prueba a la mujer
indicios de necio da».
«Los señores son / de la república espejo».
«el número septenario
honró Dios, virtud encierra».
«el consejero mejor
es un criado discreto».
«En el más pequeño río
no hay vado como la puente».
«Tiene aquel que murmura
en su lengua su enemigo».

UN CUENTECILLO: LA LLUVIA

Don Juan Ruiz de Alarcón tiene medio centenar de fábulas o de cuentecillos, más o menos tradicionales, incrustados en sus obras. Son aspectos ejemplarios o humorísticos generalmente puestos en boca del criado o de un amigo, pocas veces del protagonista.

Casi todos ellos figuran en otros autores teatrales, pero hay uno que tiene una larga historia y se singulariza en nuestro autor. Es, vamos a llamarlo, *La lluvia*. Y ha sido clasificado en dos motivos por Thompson: D 1353.1 («Magic rain makes people foolish») y J 1714.2 («The wise man and the rain of fools»).

Pero veamos el cuento:

Octavo:
«Un aguacero cayó
en un lugar, que privó
a cuantos mojó de seso;
y un sabio que por ventura
se escapó del aguacero,
viendo que al lugar entero
era común la locura,
mojóse y enloqueció,
diciendo: “En esto ¿qué pierdo?
¿Aquí donde nadie es cuerdo
para qué he de serlo yo?”»

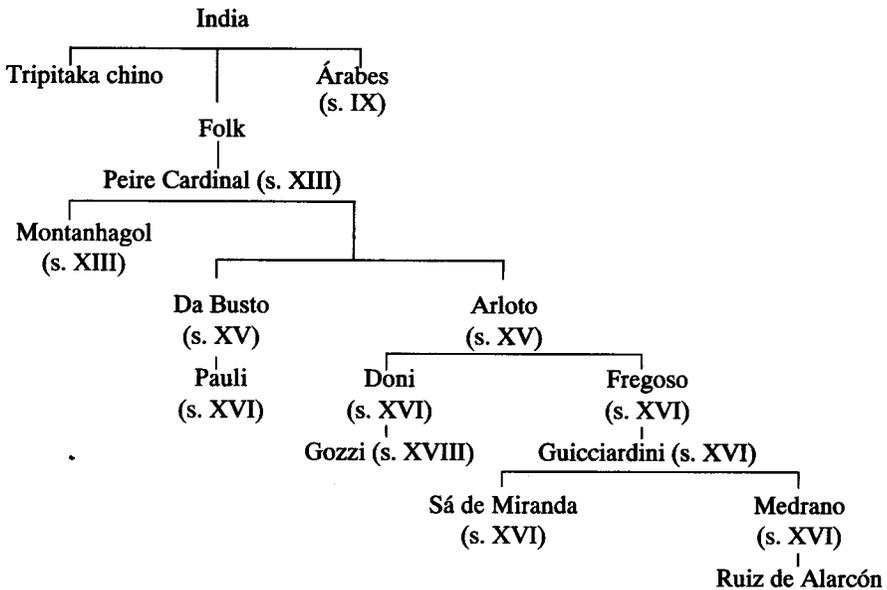
(*El examen de maridos*, Acto I, escena 15)

Su origen, o versión más antigua, se halla en el *Tripitaka* chino. Parece lógico que los budistas lo trasladaran a Oriente desde la India (donde, que yo sepa, aún

no se ha hallado), pero sí ha emigrado hacia Occidente, pues aparece entre los *derviches* egipcios en el siglo IX, y lo relacionan con Khida, maestro de Moisés.

En la poesía provenzal existen dos versiones: 1) *Una ciutata fo, no sai cals*, de Peire Cardinal (1205-1272), con sentido religioso moral, y 2) *Nou estarei per ome qe.m casti*, de Guilhem de Montanhagol (1233-1268), pero con sentido diferente, pues se deja llevar por la corriente.

Y pasamos a Italia y lo encontramos en el *Rosarium Sermonum*, de Bernardino da Busto y el Pióvano Arloto, *Fazezie*, en el siglo XV. Da Busto debió ser leído en vida en Alemania, pues aparece en la segunda década del XVI en el ***Schimpf und Ernst—En serio y en broma—*, de Pauli. El segundo, Arloto, fue conocido por el Doni, Fregoso y Guicciardini; el primero fue utilizado por Gaspari Gozzi y el último debió ser conocido por Sá de Miranda (1481-1558), pues incluye el cuentecillo en la *Égloga*. Basto y Julián Íñiguez de Medrano que lo recoge en la *Silva curiosa* (1583), y seguramente de aquí lo extrajo Ruiz de Alarcón conforme a este esquema:



Pecaríamos por defecto si no extrajéramos algunas observaciones: Alarcón acepta el mojarse para seguir la corriente, como casi todas las versiones, menos el *Tripitaka* chino, y no pretende obtener una enseñanza moral como Peire Cardinal, a pesar del carácter de su teatro, profundamente ético y terenciano.

Sin embargo, quiero hacer un par de disquisiciones: el cuentecillo ha sido utilizado por el cinematógrafo en el filme *Serpico*, dirigido por Sidney Lumet en

1973, pero, sin embargo, no deja de haber quien ha invertido la conclusión: hay que ser loco con los locos, y mojarse en el agua que ha enloquecido a los demás.

Cuando los hombres instruidos son perseguidos por un odio sin precedentes, por su raza o religión, cuando necio es sinónimo de honesto, íntegro y virtuoso; cuando el «horror sagrado» invade a los sabios e imparciales —en ideología— al contemplar las muchedumbres enfebrecidas, puede producirse una obra que dé el grito de alarma, y este fue el caso de *Rinoceronte*, de Ionesco, una obra que invierte el cuento folklórico secular para ser «una pieza contra las histerias colectivas y las epidemias que se ocultan bajo la tapadera (demagógica) de la razón y de las ideas».

No es, pues, el menor de los servicios de Alarcón el haber mantenido presente este cuentecillo en la cultura occidental para que un día, invertido el sentido folklórico, haya surgido una obra maestra como la de Ionesco.

Sigue Alarcón el sendero de Lope, el mejor y más abundoso cuentista del siglo XVII, con unos trescientos cuentecillos y fábulas; Tirso de Molina con medio centenar, como Moreto; Calderón, otro medio centenar de cuentos, fábulas y leyendas, y, limitándonos a madrileños, recordamos que doña María de Zayas, en una sola comedia que escribió, incluye dos cuentos y una fábula.

¿Dónde, pues, el mexicanismo de este novohispano? Don Juan Ruiz de Alarcón, aunque nacido en Tasco, sigue las normas peninsulares, sigue las formas y modos madrileños que era entonces el centro teatral universal.

UNA OBRA: *GANAR AMIGOS*

Tiene una obra Alarcón, *Ganar amigos*, que primero se llamó *Ganar perdiendo* y que incluso fue publicada como de Lope de Vega en la Parte XXIV de Zaragoza. Su tema fundamental es un tema folklórico de honda raigambre y larga tradición desde el siglo XIII hasta el siglo XX.

En ella uno de los componentes, pues en realidad son dos cuentos los que dan lugar a la obra, es:

Don Fernando que ha matado a un hombre es protegido por el marqués don Fadrique, quien le ayuda a huir aunque sabe que el muerto es su propio hermano Sancho (forma, como veremos, laica, pues el marqués dice:

«Hago más en perdonaros
pues también me venzo a mí».

Es, sencillamente, el motivo folklórico V 21 («Confesion brings forgiveness of sin»), que adopta multitud de formas y variantes y como tema fundamental medieval ha sido clasificado también en V 86.1.5 («Cross protects man from

being killed by Saint»); suele atribuirse a San Juan Gualberto, un crucifijo, la Cruz o a la Virgen María. Un tercer motivo W 15 6 («Woman shelters son's murderer out of charity»). Pero, además, en el transcurso del tiempo se va produciendo una progresiva desacralización o al menos una doble dirección: religiosa y laica alternativamente. Al compás se producen unas variantes en los protagonistas. Por esta razón, vamos a hacer una historia y una ampliación de los motivos:

V 86.1.6.— «Amigo mata al amigo». Adrasto mata a Atis, hijo de Creso y este perdona. Herodoto I, XLV.

V 85.1.6.— «El hijo perdona al asesino de sus padres y el crucifijo se inclina ante él»: Cesáreo de Heisterbach, L. VIII, cap. 21; *Espéculo de los legos*, n.º 507; Alonso de Villegas, *Fructus sanctorum*, Discurso 28, De Fe, n.º 59; Cristóbal Lozano, «... Tres ejemplos al perdón», en *Historias y leyendas*, t. I., pp. 93-100, n.º III (San Pedro Damían).

V 85.1.6.1.— «La cruz se inclina ante el hijo perdonador en Jerusalén». *Recull de eximplis*, n.º CDXXXII (t. II, pp. 60-62). Es el n.º 1.375 de Tubach.

V 85.1.7.— «El padre perdona al asesino de su hijo por devoción a la Virgen y ésta le da las gracias». Alfonso X, *Cantigas* 207 y 213.

V 85.1.7.— «El padre perdona por la ley de la hospitalidad en el desierto», Francisco Villaespesa, *El alma del desierto*.

V 85.1.8.— «El hermano perdona al asesino de su hermano» (prototipo San Juan Gualberto): Sánchez Vercial, *Libro de los exemplos*, n.º 94 (23); Alonso de Villegas, ob. cit., Discurso 52. De modestia, n.º 31; Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, Parte II, Libro II, Cap. VII. «El difunto y su padre salen del Purgatorio por los méritos del perdonador». Cristóbal Lozano, ob. cit., n.º I).

V 85.1.8.1.— «El hermano perdona, pero sin intervención espiritual, absolutamente laico»: Juan Ruiz de Alarcón, *Ganar amigos* (Acto I, E, c. VI-IX), Francisco de Rojas Zorrilla, *Obligados y ofendidos* (Acto I).

W 15.— «La madre perdona al asesino de su hijo»: Miguel de Cervantes, *Persiles y Segismunda*, Libro III, Cap. VI. Absolutamente laico. Antonio Hurtado y Valhondo escribió una leyenda (1870) y un dramita (1874), *En la sombra*, que son versiones del cuento cervantino.

W 15.1.— «La madre perdona, pero con una sutil intervención espiritual: se le aparece el hijo diciendo que ha sido perdonado» (Alonso de Andrade, *Itinerario espiritual*, Parte I, Grado XIII, Cap. XVII.— Cristóbal Lozano, obra citada, n.º II. El hijo en premio sale del Purgatorio).

W 15.2.— «Al ver el crucifijo la madre perdona». José Zorrilla, *El caballero de la buena memoria*.

V 86.1.9.— «El asesino protege a la madre y al nieto (sacerdote) y heredan

su fortuna»: Ricardo Palma, *Tradiciones peruanas* («Haz bien y no mires a quien»).

W 15.3.— «Por esta acción la madre será digna compañera en el Paraíso del Santo Ermitaño». Eduardo Marquina, *María la viuda*. El conde de Casilleros (ABC, 6-VIII-1967) aventuró la hipótesis del nombre y apellidos históricos de la protagonista.

V 86.1.10.— «La hija perdona al asesino de su madre, que resulta ser su propio marido».—Fernán Caballero, *Callar en vida y perdonar en muerte*.

V 86.1.11.— «La prima perdona al asesino de su primo, absolutamente laico».—Pedro Calderón de la Barca, *Mejor está que estaba*.

V 86.1.13.— «El enamorado oculta a su rival de la justicia; absolutamente laico». Víctor Hugo, *Hernani*.

El otro cuento que constituye la obra de Alarcón es *El amigo íntegro*, que tradujo al latín, procedente del mundo oriental, Moshe Sefardí, quien convertido al cristianismo en el siglo XII, tomó el nombre de Pedro Alfonso. El cuento ha sido clasificado, tal como se presenta en *Ganar amigos*, con el motivo P 315 («Friends offer to die for each other») y ha sido estudiado por Avalle Arce, J. B.: «Una tradición literaria: el cuento de los dos amigos», NRFH, XI (1957), pp. 1-35, y *Nuevos deslindes cervantinos*, Barcelona, Ariel, 1975, pp. 135-211.

Don Juan Ruiz de Alarcón ha construido su comedia utilizando una leyenda y un cuento. Refiriéndonos a los autores aquí mencionados, Calderón y Rojas Zorrilla, contemporáneos, y Hurtado, Villaespesa o Marquina, ¿qué diferencia existe entre el nacido en Nueva España y los nacidos en la Península?

Pero aún más, bastará mencionar *La buena guarda* de Lope de Vega para emparentar la evolución temática, desde el siglo XIII al siglo XX, con la de Juan Ruiz de Alarcón. Y sin duda habremos de contestar con la rotunda española del dramaturgo ultramarino.

LO MADRILEÑO

Juan Ruiz de Alarcón no está integrado en la Corte; no es uno de tantos forasteros en la ciudad —paseantes en Corte o pretendientes—, no es un mero espectador de lo que sucede en la Capital de las Españas. El poeta nacido en México —cuando era Nueva España— es un madrileño más que vive, contempla y crítica *su* ciudad como lo hacían otros egregios dramaturgos: Lope de Vega, Tirso de Molina o Pedro Calderón de la Barca, éstos, sí nacidos en Madrid, o como lo hacían los de otra «nación», Luis de Góngora, Luis Vélez de Guevara, Antonio Mira de Amescua o Francisco de Rojas Zorrilla.

Veamos cómo trata en sus obras la Corte:

«La Corte, el cretense monstruo» (*Las paredes oyen*).

Y en consecuencia, abundan las actitudes inciviles:

«Aquí todo es embeleco,
todo engaño, todo ardid» (*Los favores del mundo*).

En ella anidan

«la fingida hipocresía,
la industria, el cuidado, el arte
a la verdad vencerán,
más valdrá quien más engañe» (*Examen de maridos*).

«Al que honor y de comer
en su patria el cielo dio,
como a vos, nunca pensara
que por servir y rogar,
sufrir, temer y esperar,
el quieto gozar trocara» (*La prueba de las promesas*).

Por eso, quien aspire a ser cortesano tiene que ser rico, que son los únicos que triunfan:

«que en la tierra donde estás,
es el linaje del rico
el que a todos dexa atrás.
No se opone a la riqueza,
si es pobre, aquí la nobleza,
que si he de decir verdad
díneros son calidad
y la pobreza es vileza.
Mira no te desenfrenes
fiado en tu sangre noble
porque él, si a contienda vienes,
más amigos tendrá al doble,
que gotas de sangre tienes.
En la Corte son fautores
aquellos grandes señores
con razón de la nobleza,
que como en ellos se empieza,
defiéndenla sus autores.
Mas como en este hemisferio
es el uso más válido
tratar y buscar dinero:
a todos es preferido,
a aquel que lo halla primero.
Y assi mientras pobre fueres,

el ardiente orgullo doma,
y pues tan cuerdo eres,
mientras en Roma estuvieres,
vive a la usanza de Roma. (*La industria y la suerte*).

Pero la Corte está en Madrid, y aunque distingue una (la Corte) de otra (la Ciudad)

¿Y de Madrid?
¿Pues de dónde puede ser,
sino del lugar felice
en que el Rey de España nace,
quien no diga lo que haze
y quien haga lo que dize? (*La industria y la suerte*);

el inteligente observador se da cuenta de

«el confuso / caos de Madrid» (*Los empeños de una casa*).

Son curiosas sus observaciones sobre los edificios y la forma de construir

Lindo lugar.

El mejor,
todos con él, son aldeas.
Seis años ha que rodeas
aqueste globo inferior,
y no vi en su redondez
hermosura tan extraña.
Es Corte del Rey de España,
que es dezillo de una vez,
¡Hermosas casas!

Luzidas,
no tan fuertes, como bellas.
Aquí las mujeres y ellas
son en esso parecidas.
¡Que edifiquen al revés
mayor novedad me ha hecho!
Que primero hazen el techo,
y las paredes después. (*Los favores del mundo*).

Nos parecía gran adelanto técnico moderno el iniciar la construcción por el tejado y vemos que «nihil novum sub sole»; ya los alarifes madrileños lo practicaban en el siglo XVII.

Junto con las casas, las calles y entre estas dos fundamentales, la calle Mayor, que es lo primero que tiene que ver el visitante:

«Querrás
ver hoy la calle Mayor» (*Mudarse por mejorarse*);

pues es un emporio de riqueza:

«Esta es la calle Mayor
las Indias de nuestro polo» (*Las paredes oyen*);

que se imbrica con la Corte y la Monarquía:

—Filipo es el Rey mayor,
Madrid su Corte, y en ella
la mayor, y la más bella
calle, la calle Mayor.
Luego ha sido justa ley
la calle Mayor llamar
a la mayor del lugar,
que aposenta al mayor Rey. (*Mudarse por mejorarse*);

pero ademas es el centro del tráfigo, conservación y comercio:

La calle Mayor
pienso que se ha de llamar,
porque en ella ha de callar
del más pequeño al mayor.
Porque hay arpías rapantes,
que apenas un hombre ha hablado
cuando ya lo han condenado
a tocas, cintas y guantes.
Y un texto antiguo se halla,
que dixo por esta calle.
Calle en que es bien que se calle,
que no medra quien no calla. (*Mudarse por mejorarse*);

y si bien cita la calle de Alcalá (en *La verdad sospechosa*) o la de Relatores, como quien bien la frecuentaba y conocía por su profesión (en *Los fervores del mundo*), el segundo lugar lo ocupa el Paseo del Prado como lugar de exponerse para ser visto y presumir

Pues en Madrid es peor
las mañanas de verano
dar con el fresco temprano
vuelta a la calle Mayor.
Las tardes, que esto es muy justo,
a Atocha, y volverse al Prado,
si es possible acompañado
de un amigo de buen gusto. (*La industria y la suerte*).

De un coche se han apeado
dos damas solas, a quien
quizá, como a mí, también
saca su tristeza al Prado. (*Todo es ventura*).

¿Dónde estuvisteis vosotros?
Yo en el Prado, y sólo vi

andar de aquí para allí
y mirarse unos a otros. (*Todo es ventura*).

Coche y Prado son su gloria,
y ésta se reduce al fin
a mirarse unos a otros,
y andar de aquí para allí. (*Los favores del mundo*).

Es indudable que había unos lugares frecuentadísimos, ora por devoción, ora por devaneo:

«Suele en las iglesias verse
que parlan sin conocerse
los que aciertan a estar juntos» (*La verdad sospechosa*).

Unas iglesias eran famosas por su advocación y la sabatina visita Real:

mas quién es,
esta señora, Marqués,
que sale de Atocha. (*Mudarse por mejorarse*).

Ya que convida, señor,
de Atocha la soledad,
declara su voluntad. (*La verdad sospechosa*);

otros por la proximidad a su lugar de trabajo:

Viome el duque tu señor,
en la Trinidad en misa
una fiesta que me ha dado
de trabajo tantos días. (*Todo es ventura*);

otras, en fin, por lo excéntricas y próximas en la ubicación, pues San Felipe, La Victoria y Buen Suceso estaban en la mismísima Puerta del Sol:

De suerte
cuando en San Felipe entraste,
en la gente te ocultaste,
que fue forzoso perderte. (*Mudarse por mejorarse*).
Señor, ésta es la verdad,
después que está retraído
en la Vitoria, ha vivido
con la mucha claridad
destos padres, en la gloria,
y sin duda, que por esso
pusieron el Buen Suceso
tan cerca de la Vitoria. (*Todo es ventura*).

¿Y Lucrecia dónde tiene
la suya?

Que a la Vitoria

dixo, si tengo memoria. (*La verdad sospechosa*).
¿Dónde vive?

A la Vitoria. (*La verdad sospechosa*).

Algunas otras, de las muchas que había, recuerda aquí:

«Los que en el Carmen vivieron» (*La verdad sospechosa*).

«Vaya esta tarde a la otava
de la Magdalena» (*La verdad sospechosa*);

o allá, y nunca mejor dicho porque fue el lugar de su enterramiento, como el de tanto poetas coetáneos, ya que era la parroquia del barrio de los Comediantes o de las Musas:

«Y en el lugar más secreto
de San Sebastián lo guardes,
para contarte el suceso» (*Mudarse por mejorarse*).

Ya hemos visto que eran lugares de reunión —como los mentideros, ¡ausentes en la obra de Alarcón!— para recordar, admirar o criticar a las mujeres. Y nuestro poeta, ya lo hemos visto, a pesar de su figura, era admirador constante y profundo del bello sexo:

Las señoras no es mi intento
que en este número estén;
que son ángeles, a quien
no se atreve el pensamiento.
Sólo te diré de aquéllas,
que son con almas livianas,
siendo divinas, humanas;
corruptibles siendo estrellas.
Bellas casadas verás,
conversables y discretas,
que las llamo yo planetas,
porque resplandecen más. (*La verdad sospechosa*).

En los aforismos aflora una y otra vez esa admiración:

«Honra más que un rey galán - un marido labrador».
«Grande para dama soy - si pequeña para esposa».
«El que prueba a la mujer - indicios de necio da».
«Mal haya el necio que en llanto - de mujer fía».
«Necio el que espera firmeza - en la mujer y en el mar».

Bien las conoce Alarcón, y aunque a veces parece inclinarse en su favor:

Las mujeres son diablos
caminan por una senda,
que a las almas rematadas
ni las siguen ni las sienten,
que el tenellas ya seguras

las haze olvidarse dellas,
y sólo de las que pueden
escapárseles, se acuerdan. (*La verdad sospechosa*);

lo más frecuente es el ataque por su codicia, ya que será una de las maravillas del universo

«una mujer que no pide,
si es de Madrid la mujer» (*El semejante a sí mismo*);

pues lo normal es que

«allegaos a una tapada,
y antes de mostrarnos nada
pedirá cintas y guantes» (*El semejante a sí mismo*).

No era misógino, pero tampoco profeminista; adoraba a la mujer, extremaba su cortesía con ella, pero la conocía bien:

Es verdad, mas ¿qué mujer
por mandar y por tener,
no será mil vezes *mora*?
Porque el poeta no en balde
haber dicho considero:
«a los moros, por dinero,
y a los christianos de balde».
Aunque en su trato inhumano
lo postrero falta ya,
que si un christiano no da,
no quieren ver a un christiano.
La que ves más recatada,
es christiana solamente,
aquello que es conveniente,
para no morir quemada.
La que ir a missa dessea
el Domingo de mañana,
no lo haze por christiana,
más porque el galán la vea.
Yo con más de alguna trato
de oro y seda, pauta y punto,
que si el Credo le pregunto
se queda en Poncio Pilato.
La que vieres repassar
en el rosario las cuentas,
no reza, sino haze cuentas
de lo que te ha de pescar. (*El semejante a sí mismo*).

En este Madrid alarconiano hay un contrapunto que él no olvida en ningún

momento, su recio carácter moral saca a la plaza pública las peores inclinaciones de los cortesanos: la murmuración y la lisonja:

«Tiene aquel que murmura, - en su lengua su enemigo».
«Solamente al que murmura - lleva el diablo en haz y en paz».

Quizá, dos de los trozos más profundamente terencianos que avaloran su carácter ético sean estos:

—¿Qué te obliga a reparar
después que a la Corte has ido?
—Estar allá muy valido
todo medio de agradar.
La lisonja, y el gracejo
en las nubes, necedad,
el desengaño, y la verdad,
la fineza y buen consejo.
Llevóme un amigo un día
allá a una junta de hablantes
arrojados, y ignorantes,
y el uno dellos decía:
Bravas joyas y vestido
ha hechado doña fulana,
mas es hermosa, y lo gana
con preceto del marido.
Codeó mi camarada,
y dixo el que hablando está
come de lo que le da
una hija emancipada.
Andar dixo otro mocito,
el marido no haze bien,
porque en la ley de Moysén
tal preceto no hay escrito.
Segunda vez codeó
mi amigo y dixo: El moçuelo
lo sabe bien, que su abuelo
en Granada la enseñó.
Andar, otro reposado,
con un suspiro profundo,
dixo: esos gozan del mundo:
¡ay! del pobre, que es honrado.
Vi venir otro codazo,
mas escapéme, y salí,
porque a detenerme allí,
sacara molido el brazo. (*La cueva de Salamanca*).

En otra ocasión lo presenta como un cuentecillo:

En Madrid estuve yo
 en corro de tal tixera,
 que la pegaba cualquiera
 al padre que la engendró.
 Y si alguno se partía
 del corro, los que quedaban
 mucho peor dél hablaban,
 que él de otros hablado había.
 Yo, que conocí sus modas,
 a sus lenguas tuve miedo,
 ¿y qué hago? Estoime quedo,
 hasta que se fueron todos.
 Pero no me valió el arte,
 que ausentándose de allí,
 sólo a murmurar de mí
 hicieron corro aparte.
 Si el maldiciente mirara
 este solo inconveniente,
 ¿hallarás un maldiciente
 por un ojo de la cara? (*Las paredes oyen*).

Para culminar el madrileñismo de Alarcón, asomémonos al Manzanares. He dedicado muchas páginas a hacer presente la fama del río madrileño, tanto como el Tíber, el Támesis o el Sena, pero por todo lo contrario: la escasez de agua:

Traxísteme a la Corte,
 de nobles centro, y de ambiciones norte,
 y apenas en la puente
 de Toledo mi llanto a la corriente
 de Mançanares el raudal aumenta. (*Los empeños de un engaño*).

Bien es verdad que sus menciones nunca son duras o hirientes, sino benévolas:

Luego ya habréis olvidado
 el gran Tajo celebrado
 por Mançanares, de quien
 dixo un cortesano bien;
 que según es abreviado
 y ardiente el turbio licor
 que lleva en Caniculares,
 no es agua, sino sudor,
 que abrasado el calor
 echa de sí Mançanares:
 ¿podréis contenta tocar,
 por él, tanto cristal frío
 como el Tajo ofrece el mar? (*La prueba de las promesas*).

Tan es así que creo que comparte —a pesar de las bromas— el mismo criterio

admirativo de todos los demás madrileños. El Soto y el Sotillo, lugar de esparcimiento con escasos árboles, era frecuentadísimo y animadísimo, hasta tal extremo que en las fiestas como Santiago el Verde (día de San Felipe y Santiago, el primero de mayo) hasta el rey se acercaba al Manzanares y en ese Soto, tan delicioso como el cantado por Garcilaso (*Égloga tercera*), Alarcón puso la más grande admiración al describirlo:

Entre las opacas sombras
y opacidades espesas
que el Soto formaba de olmos,
y la noche de tinieblas
se ocultaba una cuadrada
limpia y olorosa mesa
a lo italiano curiosa,
a lo español opulenta.
En mil figuras prensados
manteles y servilletas,
sólo invidiaban las almas
a las aves y a las fieras.
Cuatro aparadores puestos
en cuadra correspondencia,
la plata blanca y dorada
vidrios y barros ostentan.
Quedó con ramas un olmo
en todo el Sotillo apenas,
que dellas se edificaron
en varias partes seis tiendas.
Cuatro coros diferentes
ocultan las cuatro dellas,
otra principios y postres
y las viandas la cesta.
Llegó en su coche mi dueño
dando envidia a las estrellas,
a los aires suavidad,
y alegría a la ribera.
Apenas el pie que adoro,
hizo esmeraldas la yerba,
hizo cristal la corriente,
las arenas hizo perlas;
cuando en copia disparados
cohetes, bombas y ruedas,
toda la región del fuego
baxó en un punto a la tierra.
Aún no las sulfúreas luzes
se acabaron, cuando empieçan
las de veinte y cuatro antorchas
a obscurecer las estrellas.

Empeçó primero el coro
de chirimías, tras ellas
el de las vigüelas de arco
sonó en la segunda tienda.
Salieron con suavidad
las flautas de la tercera,
y en la cuarta, cuatro voces
con guitarras y harpas suenan.
Entretanto se sirvieron
treinta y dos platos de cena,
sin los principios y postres
que casi otros tantos eran.
Las frutas y las bebidas
en fuentes y taças hechas
del cristal que da el invierno,
y el artificio conserva.
De tanta nieve se cubren,
que Mançanares sospecha,
cuando por el Soto passa,
que camina por la sierra.
El olfato no está ocioso,
cuando el gusto se recrea,
que de espíritus suaves
de pomos y caçolejas,
y destilados sudores
de aromas, flores y yerbas,
en el Soto de Madrid
se vio la región Sabea.
En un hombre de diamantes,
delicadas de oro flechas,
que mostrasen a mi dueño
su crueldad y mí firmeza.
Al sauce, al junco y al mimbre
quitaron su preminencia;
que han de ser de oro las pajas,
cuando los dientes son perlas.
En estos juntos en folla
los cuatro coros comiençan
desde conformes distancias
a suspender las esferas.
Tanto que invidioso Apolo
apressuró su carrera,
porque el principio del día
pudiesse fin a la fiesta. (*La verdad sospechosa*).

Pero no fue solamente la ciudad, Madrid, donde Alarcón residía, sino también lo que hoy se llama la Comunidad. La Sierra de Madrid, el Guadarrama,

es el escenario de *El tejedor de Segovia* y tiene el mismo aspecto romántico — drama de honor y traición— que la descripción de Céspedes y Meneses en *El español Gerardo*. Observa Alarcón, ora la sierra, ora el río, o la Aldea, fijándose en la nieve o el agua, la fragosidad que daba lugar a que los ermitaños lo convirtieran en un pequeña Tebaida.

Pero, sin duda, y a pesar de otras invenciones de don Juan y de Gonzalo Fernández de Oviedo, Mateo Alemán, Tirso de Molina o Castillo Solórzano, la seguidilla compuesta sobre la Venta de Viveros, próxima a Rejas, camino de Alcalá de Henares, es la obra maestra de un admirador de «los lomos de Madrid»:

Venta de Viveros.
 ¡Dichoso sitio,
 si el ventero es cristiano
 y es moro el vino!
 ¡Sitio dichoso,
 si el ventero es cristiano
 y el vino moro! (*Las paredes oyen*).

Y ya de camino no debemos olvidar Alcalá, su río, San Diego y aun el mundo mitológico; he aquí cuatro rápidas pinceladas:

Aunque me siento
 no bien dispuesta, me aliento
 por ir a San Diego a misa. (*Todo es ventura*).

Que será imposible, entiendo,
 porque se está previniendo
 para partirse mañana
 a una novena a Alcalá. (*Las paredes oyen*).

Aquí del famoso Henares
 el claro cristal gocemos
 porque con él olvidemos
 la ausencia de Mançanares. (*Todo es ventura*).

Di que va a ser nueva Flora
 de los prados de Alcalá (*Todo es ventura*).

En este aspecto, ni Lope, ni Calderón, ni Tirso, hicieron más que él; tanto así, pero más no. Era, pues, tan madrileño, tan hispano en los afectos de lo que vivía y conocía como el que más.

JOSÉ FRADEJAS LEBRERO

Universidad Nacional de Educación a Distancia. Madrid

BIBLIOGRAFÍA

Toda la bibliografía figura en:

Simón Díaz, José: *Manual de bibliografía de la literatura española*, Madrid, Gredos, 1980.

Exceptuamos:

Fradejas, J.: *Juan Ruiz de Alarcón*, Madrid, IEM, 1986 (conferencia).

Pedro Alfonso: *Disciplina Clericalis*, Zaragoza, Guara, 1980.

Thompson, Stith: *Motif-index of folk-literature*, Bloomington, University of Indiana, 1955, 6 vols.

Tubach, F. C.: *Index exemplorum*, Helsinki, FFC, 1981. IGM.